

¡QUÉDATE CON NOSOTROS, SEÑOR...!

- **algunas reflexiones sobre la Eucaristía**

Los discípulos camino a Emaús, escucharon la Palabra que Jesús les recordaba y, aunque constataron más tarde que les ardía el corazón cuando ello sucedía, recién lo reconocieron *al partir el pan* (Cf Lc 24,29ss). El lenguaje de la Palabra y su luz fueron abriendo sus inteligencias y sus corazones, pero *el lenguaje del Pan partido* fue mucho más fuerte y más claro. Recién en ese entonces la oscuridad de sus ojos llegó a término.

Hace no mucho tiempo, celebramos "el Año de la Eucaristía", y se pusieron en ese entonces de relieve tanto su dimensión más importante (ser sacrificio y banquete en el que se come y se bebe...), como el *lugar* en el que una singular presencia real y sustancial se manifiesta. Esas dos facetas deben estar siempre en el horizonte de nuestra consideración, pero sabiendo en todo momento que la Eucaristía es la comida de los hijos de Dios ofrecida de manera abundante en la mesa de familia de los bautizados.

En la celebración de la Eucaristía se abren tanto la mesa de la Palabra, como la mesa del Pan y del Vino, víctima agradable a Dios: Jesucristo en la Pascua de su muerte en la cruz y de su Resurrección gloriosa.

La mesa de la Palabra

Sabemos que, en las celebraciones litúrgicas y, en nuestro caso, en la celebración de la Eucaristía, la Palabra de Dios no es un mero preámbulo o preparación "a lo que sigue", que sería lo más importante. Es mostrar a Cristo presente en esa Palabra, realizando allí el misterio de la salvación y santificando a los hombres mediante el tributo al Padre de un culto perfecto (Cf OLM 4; SC 7 y 33).

Tanto la Palabra de Dios proclamada en la Liturgia de la Palabra, como la Palabra de Dios actualizada en la Liturgia eucarística, son el plato de dos mesas que se hacen una, ambas alimento para nuestra fe y para que podamos vivir la fe en obras de caridad, convirtiendo a sus comensales en eucaristías vivas, para que el mundo sea acción de gracias al Padre, por la Pascua de su Hijo que se hace pascua en nosotros, por la presencia viva de su Espíritu de Amor.

Al respecto, la OLM (= Ordenación de las lecturas de la Misa), subraya dos aspectos de la Palabra, que debemos tener muy presentes en la Palabra celebrada":

+ **Relación entre la Palabra de Dios proclamada y la acción del Espíritu Santo.**

No basta con oír la Palabra, sino que se requiere la presencia del Espíritu para que dicha Palabra sea "el fundamento de la acción litúrgica y la norma y ayuda de toda la vida" (Cf OLM 9).

Se tratará aquí -gracias a la luz del Espíritu- de conocer no sólo qué *dice* la Palabra, sino qué *nos dice* y qué *me dice*. Esta actitud es la que el Espíritu *sugiere* al corazón de los fieles, en esa presencia amorosa por la que la Eucaristía consolida la unidad eclesial, haciendo que muchas voces sean la voz de Cristo, fomentando la diversidad de carismas y las múltiples obras que las expanden, para el bien de la comunidad de los creyentes (Cf Idem).

En la celebración eucarística, el Espíritu traducirá lo que Él es: Espíritu de comunión y de paz; Persona divina que implanta en nuestros corazones la Palabra de Jesús; fuerza que, suavemente, nos conduce al conocimiento de toda verdad en íntima relación de desposorio con dicha verdad (Cf Jn 14,26; 16,13), para que seamos testigos de Cristo (Cf Id 15,26-27).

+ Íntima relación de la Palabra de Dios con el misterio eucarístico

La Palabra de Dios y el Pan y Vino eucarísticos, reciben en la Iglesia la misma veneración (Cf OLM 10). El culto que les rendimos es distinto, porque diversas son las presencias de Cristo en cada una de ellos.

Cuando en la Misa el presidente besa el libro de los Evangelios, no besa tal o cual cantidad de páginas, sino al Cristo presente en sus dichos y hechos, narrados en los Evangelios. Cuando hacemos genuflexión frente al Santísimo Sacramento, lo hacemos frente a Cristo allí presente.

La Palabra de Dios, proclamada en la asamblea celebrante, "conduce, como a su propio fin, al sacrificio de la alianza y al banquete de la gracia, es decir, a la eucaristía" (Idem). *Escuchar* y *ofrecer*, constituyen "un solo acto de culto divino" (Ibid). En una misma acción, Dios *desciende* al hombre para redimirlo y santificarlo, y éste *asciende* a Dios, para alabarlo, darle gracias y suplicarle.

Se encuentran la riqueza de Dios y sus dones, con nuestra indigencia y con nuestro clamor de pobres.

"Sacrificio" y "banquete" son una única e inseparable realidad. La Eucaristía es una "comida sacrificial" o la "ofrenda en el contexto de un banquete".

La mesa del Pan eucarístico

El 24 de Febrero de 1980, el Papa Juan Pablo II nos ofreció su Carta apostólica *Dominicae Cenaе*, sobre el misterio y el culto eucarístico.

Nos decía que "la segunda mesa del misterio eucarístico, es decir, la mesa del Pan del Señor, exige también una adecuada reflexión desde el punto de vista de la renovación litúrgica actual. Es éste un problema de grandísima importancia, tratándose de un acto particular de fe viva, más aún, como se atestigua desde los primeros siglos, de una manifestación de culto a Cristo, que en la comunión eucarística se entrega a sí mismo a cada uno de nosotros, a nuestro corazón, a nuestra conciencia, a nuestros labios y a nuestra boca, en forma de alimento" (n.11).

Pan de la Palabra... Pan de la Eucaristía... Dos realidades que van de la mano y no pueden vivir la una sin la otra.

La Palabra anuncia. La Eucaristía hace presente lo anunciado.

La Palabra alimenta mi fe: sin anuncio, no podríamos creer...

La Eucaristía nutre mi fe y la caridad, manteniendo mis pies vivos y vigorosos en el seguimiento de Cristo. Da lucidez a los ojos mi alma, para que vean lo que mis ojos de carne no pueden ver ni siquiera imaginar. Da fuerza y convicción a mis labios para que, al comulgar, diga *Amén* a la presencia de Jesús en el pan y vino consagrados, profesando mi fe en dicha presencia.

Y -no podemos olvidarlo ni dejar de afirmarlo- que la comunión con Cristo, es *también*, comunión con su Cuerpo, con la Iglesia. Es imposible ingresar en la sintonía de la comunión con Cristo, si no acepto que dicha "sintonía" se da en el ámbito de una "sinfonía", donde en una partitura con múltiples voces e instrumentos, éstos se convierten en unidad por obra del Espíritu de unidad, Espíritu que convierte a nuestras diversas voces en la única Voz de Cristo. Y sabemos que Dios Padre reconocerá sólo el Rostro y la Voz de su Hijo. Las voces de los miembros de Cristo serán las del Señor Jesús, con una única condición: que concuerden con la voz de la Cabeza de la Iglesia.

00000 0000 0000

La Iglesia afirma y nosotros estamos de acuerdo con su Magisterio, que "la celebración de la misa, como acción de Cristo y del pueblo de Dios jerárquicamente ordenado, es el centro de la vida cristiana para la Iglesia (...) y para todos los fieles individualmente" (OGMR 16).

En más de una ocasión se nos dirá también que "la liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza" (SC 10). "Las demás acciones sagradas y todas las obras de la vida cristiana se relacionan con ella, de ella maman y a ella se ordenan" (OGMR 16).

Dando un paso "de la Liturgia, a la Eucaristía", otros documentos nos dirán algo semejante: La Eucaristía es "fuente y cima de toda la vida cristiana" (LG 11), afirmándose que "los demás sacramentos, como también todos los ministerios eclesiales y las obras de apostolado, están unidas a la Eucaristía y a ella se ordenan. La sagrada Eucaristía, en efecto, contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua" (P.O. 5).

El problema que se nos plantea, y con frecuencia, es si esto es o no verdad en nuestras vidas, en la calle, en la trama de nuestro quehacer.

En más de una ocasión pareciera sonar como la expresión de un bello deseo cuyo contenido nunca se acaba de plasmar.

iNo basta con creer que algo es verdad! Ese "creer" debe pasar al "obrar", traduciendo en ese obrar la fe que nuestros labios proclaman. Y, dando un paso más, ese "obrar" debe ser "habitual", frecuente, repetido, cotidiano, de modo que me parezca algo totalmente anormal a mi ser, el no hacerlo.

De este modo, la Liturgia no será postergada. Será vivida como una fiesta esperada, domingo tras domingo. Será el pan de cada día que me permita vivir y dar vida. Será -en el aquí y ahora de nuestros días y horas- un anticipo del banquete del Reino, festejo en el que nuestro anhelo será ver cómo el querer de Dios se cumple en aquellos que hacen su voluntad.

El "Catecismo" (n. 1327) afirma que "la Eucaristía es el compendio y la suma de nuestra fe: 'Nuestra manera de pensar armoniza con la Eucaristía y, a su vez, la Eucaristía confirma nuestra manera de pensar'".

Que Dios abra nuestras inteligencias para que podamos vislumbrar, aunque sea de lejos, la grandeza del misterio del Pan de Vida y, al mismo tiempo, que nuestro corazón ame, de modo magnánimo, lo que -por su grandeza- escapa a nuestra pobreza, pero que, sin embargo, se me presenta como amable en las pequeñas migajas recibidas (*fr Héctor Muñoz op*)